



**Autor de Correspondencia**

Tuillang Yuing-Alfaro  
tuillang.yuing@uacademia.cl  
Universidad Academia de Humanismo  
Cristiano

 [orcid.org/0000-0002-5028-377X](https://orcid.org/0000-0002-5028-377X)

Yuing-Alfaro, T. (2025). De la vieja escuela a los influencers, pasando por el confinamiento y los facilitadores: Notas para pensar la subjetividad estudiantil. *Palimpsesto*, 15(26), 130-141. <https://doi.org/10.35588/69zvq496>

Vicerrectoría de Investigación y  
Postgrado, Universidad Academia de  
Humanismo Cristiano

Artículo recibido: 14 de mayo, 2025  
Artículo aceptado: 20 de junio, 2025  
Artículo publicado: 30 de junio, 2025

# De la vieja escuela a los influencers, pasando por el confinamiento y los facilitadores: Notas para pensar la subjetividad estudiantil

From the old school to influencers, through lockdown and facilitators: Notes for thinking about student subjectivity

## Resumen

El texto establece un recorrido que sugiere un análisis sobre la subjetividad estudiantil. Se trata, por cierto, de un modo de enfrentar la educación en sentido amplio y que tiene un diálogo directo con los modos en que la juventud se relaciona con el saber y las instancias formativas. En un primer momento se analiza la experiencia educativa que tuvo lugar durante el confinamiento producto del Covid-19.

A partir de allí, y en una segunda clave, se revisa el trabajo de Mark Fisher para atender a las singulares características de las instituciones educativas en el contexto de sociedades postdisciplinarias o sociedades de control. En este punto se advierten algunos aspectos de la subjetividad estudiantil que dicen relación, por una parte, con una pérdida de sentido de la educación como herramienta para un proyecto de futuro y, por otro lado, con una determinada manifestación del malestar que se revela, al menos, en dos expresiones: la hedonía depresiva y la poslexia. Ambos fenómenos acusan un contrato de sentido con el momento actual del capitalismo y, por tanto, con su régimen técnico comunicacional.

Finalmente, el último apartado atiende al avance de nuevas instancias formativas propias de la predominancia del mundo digital. De la mano de los escritos de Elian Chali, se bosquejan algunas tentativas sobre nuevas formas de subjetividad vinculadas a la educación y a las expectativas que sobre ella se proyectan.

**Palabras claves:** pandemia, espacio escolar, sociedades de control, subjetividad estudiantil, *influencers*.



## Abstract

The text establishes a path that suggests an analysis of student subjectivity. It is, by the way, a way of facing education in a broad sense and that has a direct dialogue with the ways in which young people relate to knowledge and formative instances. First, the educational experience that took place during the confinement as a result of Covid-19 is analyzed.

From there, and in a second key, the work of Mark Fisher is reviewed to address the unique characteristics of educational institutions in the context of post-disciplinary societies or societies of control. At this point, some aspects of student subjectivity are noted that are related, on the one hand, to a loss of sense of education as a tool for a future project and, on the other hand, to a certain manifestation of discomfort that manifests itself in at least two expressions: depressive hedonia and postlexia. Both phenomena show a contract of meaning with the current moment of capitalism and therefore with its technical communication regime.

Finally, the last section deals with the advance of new formative instances proper to the predominance of the digital world. Elian Chali's writings outline some attempts on new forms of subjectivity linked to education and the expectations projected on it.

**Keywords:** pandemic, school area, control societies, student subjectivity, influencers.

## Introducción

---

El confinamiento, fruto de la pandemia del Covid-19, precipitó una serie de medidas excepcionales con el propósito de sostener los procesos educativos de millares de estudiantes, tanto de nivel escolar como universitario. Del mismo modo, se aceleraron los análisis y diagnósticos en referencia a lo que este escenario excepcional implicaría (Agamben, 2020). En términos generales, hubo posturas que señalaron que la modalidad a distancia —y la serie de dispositivos que la ponen en forma—, tan solo anticipaban un formato y confirmaban

una tendencia que ya era ineludible, donde el espacio escolar se retira en favor de aplicaciones virtuales, plataformas, temporalidades asincrónicas y docencia impersonal. Estas posturas celebraron el adelantamiento del futuro en la realidad escolar. Por otra parte, hubo quienes tuvieron la cautela de indicar que el modelo que el confinamiento disponía, implicaba también, una suerte de sacrificio del espacio escolar; en tanto que el lugar de encuentro y conformación de lo público, y que el retiro de estas dimensiones horadaba fuertemente el sentido de la educación en su vocación política. Desde estos análisis, la dimensión pública del espacio escolar re-cobraba, entonces, su necesidad y protagonismo, saliendo fortalecida como horizonte de sentido.

Teniendo en cuenta estas consideraciones y aportes, queremos proponer una revisión reflexiva que atienda a los efectos que la relación con el espacio escolar, tiene en el distrito de las subjetividades estudiantiles. Nos parece, en efecto, que este debate se ve enriquecido si se explora el perfil de estudiante que estas posturas sugieren. Se trata, en ese sentido, de indagar algunas hipótesis sobre el modo en que los estudiantes habitan el espacio escolar y elaboran prácticas de participación en tiempos en que la tecnología se despliega como paisaje de base. En efecto, y como último momento de este análisis, el predominio de instancias de divulgación digital bajo el formato del *influencer*, constituye un elemento que dialoga con estas cuestiones. Con este fin, nos valdremos de la oposición simple entre disciplina y control, como racionalidades

que permiten, de modo germinal, iniciar una discusión sobre el hacer del estudiante y sus modos de disposición en los escenarios de hoy.

## La cuestión del espacio escolar

---

Son varios los autores que han tratado la cuestión de la escuela como un espacio material a la vez que como una estructura comunicativa. Así, los aspectos arquitectónicos, la organización de los espacios, la distribución de roles, rutinas y programaciones, señalan la gramática organizativa, así como las metas institucionales y los tipos de sujetos que los colegios han producido (Dussel & Carusso, 2000). La diversidad de esta suerte de “maquinaria” es, desde luego, en extremo diversa en sus tecnologías y procedimientos. En general, estos análisis de los cuales muchos recogen el enfoque foucaultiano de las instituciones disciplinarias, toman en cuenta además del espacio material, el juego de relaciones y roles que se dan al interior del aula: la diferenciación con otros espacios, la regulación del habla, el uso de implementos y accesorios, etc. (Foucault, 1989). Dando un paso más, Inés Dussel (2020) enfatiza que la escuela y el aula constituyen “entornos socio-técnicos” en que los sujetos se disponen ante los artefactos, los protocolos y los roles, y que, por tanto, repercuten en la conformación de experiencias inéditas e imprevistas.

Por cierto, en pandemia hubo una re-organización de estos escenarios con implicaciones en la experiencia y en la conformación de un perfil subjetivo, es decir, una manera de ser estudiante

(Venegas, 2021). Es difícil, en efecto, hacer una generalización, pero sí se pueden pensar algunos elementos comunes. Como una broma cruel de la semántica, la pandemia resultante del Covid-19 “viralizó” un modo de apropiarse de recursos tecnodigitales, como alternativa para que la educación tuviese lugar en la lógica del encuentro a distancia.

En este contexto, hubo un solapamiento del espacio doméstico con el espacio escolar. Es el hogar el que debió adaptarse a la puesta en forma de la escuela, adquirir su funcionalidad y dinámica. Esto puso en evidencia enormes desigualdades: por acceso, por espacio disponible, por condiciones de habitabilidad y conectividad, entre otros puntos.

Dentro de una larga producción de análisis sobre este episodio, un punto que quisiéramos destacar es lo que Inés Dussel subraya como individualización del trabajo pedagógico y la pérdida del anonimato y la discreción. Por el lado de los alumnos, al cancelarse la escena colectiva, el estudiante pierde otras voces juveniles e infantiles y queda a disposición de la mirada adulta en total transparencia. Según Dussel, los alumnos se sintieron agobiados por la observación, al no existir la posibilidad de resguardarse en el grupo de iguales:

para los chicos, la falta del aula presencial produce una ausencia de otras voces infantiles para aprender juntos, que hace que se pierdan algo importante. Algunos chicos, sobre todo los que asisten a escuelas urbanas de clase media y con mucha oferta pedagógica, señalan sentirse saturados de tanta observación y atención adulta

puesta sobre ellos; ponen en evidencia que en el aula los chicos se reparten la carga, se escuchan, aprenden de lo que dicen otros u otros, encuentran con quién o en dónde esconderse de la demanda adulta. (Dussel, 2020, p. 6)

En el aula, en la presencia, el estudiante comparte el juego de las jerarquías y establece vínculos con sus pares, que le permiten encajar en las relaciones de poder que se ponen en forma en el espacio escolar. No obstante, esta suerte de incomodidad dada por la transparencia de la conectividad, también compromete el rol docente. En efecto, por el lado de los profesores, acusan sentirse observados, tanto por el registro, como por el escrutinio del espacio familiar. Ello, desde luego, en un contexto en que el clientelismo educativo ha sido de avanzada y en el que las prerrogativas del consumidor parecen acompañar el rol de los padres y apoderados frente a la escuela. Con todo, nos permitimos subrayar este elemento: en la virtualidad se profundiza una sensación de vigilancia y control que es declarada por todos los actores (Dussel, 2020; Venegas, 2021). En cierta medida, el espacio doméstico (el hogar), es proporcional a una auto-observación, una suerte de paranoia delegada en lo informático, que resulta de una hiperconectividad que se percibe como moralmente ineludible. El hogar ya no es el refugio o la guarida que excusa del rutinario escolar: *si hay internet y estás en casa, no hay excusa para no participar*.

Desde luego, esto también lleva aparejadas contraconductas o gestos de evasión que se han plegado a las formas de lo inédito: la cámara apagada –“el nuevo pacto de las cosas zoom” (Cataldo,

2024)– se transformó en una forma aceptable de estar: una que, se supone, resguardaba la intimidad y la posibilidad de privilegiar el mundo real: estar sin estar, como un modo de existir en el distrito de lo virtual. A la larga, esto resultó en que las clases se convirtieron en “contenido” y los profesores en “youtubers” o “generadores de contenido”, y que un curso o asignatura fuese un producto semi-podcasts, cuya moral básica consiste en estar siempre a disposición, reproducible lejos de la exigencia del esfuerzo del encuentro: un material de archivo formalmente requerido pero cuya oferta al consumo estará condicionada por el interés, alojado en el desenganche, en la desvinculación de la oportunidad pertinente para su escucha o visualización.

Con cierto sentido de anticipación, en *Defensa de la escuela*, Masschelein y Simons (2014), se hacen cargo de una crítica que parece no solo avizorar, sino también, develar aquella disyuntiva que pareció instalarse con la pandemia. Según los autores, a la escuela, presencial y disciplinaria, se le acusa de obsoleta y retrasada respecto de las nuevas racionalidades informativas, del conocimiento y de las nuevas formas de la comunicación. Ficcionalizando una acusación a la obsolescencia de la escuela, los autores señalan:

la escuela, donde el aprendizaje se circunscribe a un espacio y un tiempo, ya no es necesaria en la era digital de los entornos de aprendizaje virtuales. Leemos que se acerca una revolución impulsada principalmente por las tecnologías de la información y de la comunicación. Estas tecnologías hacen posible que el aprendizaje se centre directamente en el aprendiz individual.

Así, el aprendizaje se adapta perfectamente a las cambiantes necesidades individuales, dicen sus defensores. El proceso de aprendizaje puede apoyarse en la evaluación y el seguimiento permanente. El propio acto de aprender se torna más divertido. El aprendizaje puede acontecer en cualquier momento y en cualquier lugar. Esto significa que la sala de clases, considerada como una tecnología de la información que produce pasividad, aburrimiento y constantes fracasos, se torna obsoleta (...). El aula (...) se ajustaba mejor a una era pre-digital. (Masschelein & Simons, 2014, p. 10)

Hoy parecen ser otras las expectativas, y la escuela es vista como algo que funciona primitivamente frente a las exigencias del cambiante mundo de hoy. Por eso, no sorprende que, para muchos, el confinamiento habría simplemente adelantado un futuro ineluctable: el de una desaparición de la institución escuela, en favor de plataformas y recursos que enriquecen el aprendizaje y que permiten el monitoreo y el auto-monitoreo del avance de los procesos al ritmo del propio alumno (o consumidor). Como sea, parece que la escuela que se promueve ya es otra escuela.

### Más allá de la disciplina: los estudiantes de Fisher

---

Son conocidos los análisis que cuentan de la escuela como dispositivo disciplinario. Sin embargo, es también Foucault quien subrayó las mutaciones de la disciplina en favor de esquemas en los que el gobierno de la vida y las poblaciones, coinciden con escenarios que fomentan simultáneamente la

seguridad y la libertad. Se trata de cambios que manifiestan las distintas formas del liberalismo y el neoliberalismo. La posta de esta transformación será tomada por Deleuze con la fórmula “sociedades de control” (Deleuze, 2016), que destaca el agotamiento de los lugares de encierro en beneficio de una red abierta en que el despliegue de las subjetividades reposa en un juego de libertades custodiadas, pero también, introyectadas. Esto afectará, desde luego, a las instituciones educativas y, por cierto, a la escuela. En paralelo a un régimen laboral afectado por la precarización y la intermitencia, la escuela ha dejado de dar prioridad a su labor de depósito y cuidado. La cobertura y el aumento de la educación privada ha generado un cambio en que, por ejemplo, los internados fueron cediendo terreno a instituciones en que los estudiantes pueden volver a sus hogares diariamente. A su vez, esta condición removi6 las disposiciones autoritarias, las atribuciones de jerarquías y las prácticas verticales al interior del cotidiano escolar; la escuela de *The Wall*, esa que llevaba a los alumnos a gritar a coro: *Hey! Teachers! Leave them kids alone!*, parece ser parte del pasado del mundo disciplinario, ese que los británicos de Pink Floyd se permiten denunciar como abusivas y traumatizantes.

Será, precisamente, un inglés – Mark Fisher– quien va a hacer un llamado de alerta sobre cómo esta torsión podría impactar en los espacios educativos. Su advertencia arranca de su propia experiencia:

Al entrar a cualquiera de las aulas del terciario en el que daba clases, resulta evidente que se trata de un contexto

posdisciplinario. En enumeraciones muy urticantes, Foucault se refería a la forma en que la disciplina se encarnaba a través de posiciones corporales muy duras. En nuestro terciario, en cambio, podrías encontrarte con que los alumnos se duermen sobre el escritorio, hablan casi sin parar, comen incesantemente snacks o, a veces, incluso comidas enteras. La vieja segmentación disciplinaria del tiempo se está rompiendo. El régimen semicarcerario de la disciplina se erosiona gracias a las tecnologías del control, con sus sistemas de consumo perpetuo y despliegue continuo. (Fisher, 2017, p. XX)

El testimonio de Fisher permite atender a un contraste, y desde ahí, levantar una severa interrogante: un aula de clases del siglo XXI responde a otras racionalidades, está interferida por discursos heterogéneos de diversa índole, atravesados por mensajería muchas veces contradictoria, y que, por sobre todo, debe permanentemente responder sobre su legitimidad. La inscripción, por tanto, de la institución escolar como parte de una funcionalidad clara y definida al interior de este momento del capitalismo, es al menos confusa, y necesita de nuevas apuestas para su análisis. Cada vez se hace más recurrente exigir a la escuela resultados concretos en la mejora de la vida de los estudiantes: muchas veces esto significa, también, comparecer ante el logro en términos de ingresos y de acceso a los símbolos del éxito en las sociedades de consumo; y los estudiantes parecen haber adquirido muy hábilmente estos códigos para acusar al sistema de ineficaz y hasta de obsoleto. Los estudiantes remolones de Fisher encarnan el advenimiento de ese tipo de sujeto que es consecuencia, ante todo, de “la ambigua posición estructural de los estudiantes, que se divide entre su

antiguo rol como sujetos de las instituciones disciplinarias y su nuevo estatus como consumidores de servicios” (Fisher, 2017, p. 52). El sinsentido parece respirarse en la inercia del quehacer educativo, al momento en que su labor pierde credibilidad y estima en el horizonte del capitalismo tardío.

Atendiendo a dimensiones más específicas, el mismo Fisher entrega algunos aspectos que nos parecen relevantes para profundizar. En primer lugar, la ambigüedad constitutiva que atraviesa toda la institucionalidad y que prefigura cierto carácter del estudiantado. Hace ya décadas que el relato de educación como elemento de “movilidad social” ha caído en desprestigio. Diversos estudios muestran que la educación —aún en sus instancias más sofisticadas— está lejos de constituirse en un factor masivo de mejoramiento socioeconómico, y que, por el contrario, en muchos casos ratifica la pertenencia de clase. Curiosamente, en el mismo momento en que la validez de esta premisa cae en descrédito, la cobertura y la multiplicación de instancias de formación formal académico-profesional tiene un alcance sin precedentes. Esta cuestión exige, al menos, un examen. Dice al respecto Duru-Bellat:

En efecto, cada día se hace más incierto que perseverando en la vía de la inflación escolar, estábamos tomando el camino del progreso y de la justicia social. Por el contrario, es de temer que esta precipitada carrera no nos lleve más que a esquivar la candente pregunta sobre los modos de acceso en la vida de los jóvenes de hoy y del rol de la escuela en esta materia. (2006, p. 7)

En cierta forma, los estudiantes hoy son protagonistas de una época en que la mayor sofisticación de sistema de educación, va de la mano con una promesa fallida de superación socioeconómica. Sin embargo, esto no ha resultado en un abandono de la escuela ni en una obvia deserción de los estudiantes al sistema educativo, puesto que, si bien es cierto que las promesas de movilidad están lejos de cumplirse, lo que sí parece ser una certeza para los estudiantes y sus familias, es que sin una certificación proveniente del sistema educativo, la incorporación a una labor bien remunerada se hace muy compleja y el riesgo de caer hacia una zona de pauperización permanente es muy alto.

De este modo, aun cuando, por ejemplo, la consecución de estudios superiores es “voluntaria”, existe una suerte de mandato que dispone de esta elección como una alternativa casi ineludible, y como el horizonte más confiable en términos de garantías de bienestar. La educación oscila así entre el mandato autoritario y la libertad vigilada; entre la elección personal y la única salida posible; en definitiva, entre la disciplina y el control abierto. Es esta oscilación la que termina impactando en el perfil del estudiante, en su modo de habitar la escuela, y, por tanto, en el carácter y ritmo que toman las instituciones educativas. Para Fisher, esto se deja ver con claridad en el modo en que la subjetividad estudiantil se ha perfilado:

Deleuze dice que las sociedades de control se basan en la deuda más que en el encierro. Sin embargo, el sistema educativo de la actualidad hace que el estudiante se endeude y, en simultáneo,

lo encierra. Según esta melodía, uno debe pagar por su propia explotación, endeudarse y estudiar para poder conseguir el mismo «McEmpleo» que habría conseguido si hubiera dejado la escuela a los dieciséis. (Fisher, 2017, p. 55)

Lo anterior, insistimos, no queda sin efecto en los modos de ser estudiante. A su manera, Fisher entrega algunas luces sobre las implicancias subjetivas – conductuales, anímicas, afectivas– que se vislumbran en este escenario: ¿Qué emociones acompañan al estudiante en un mundo en el que la escuela no puede prometer y en el que la meritocracia conduce a la desilusión?

### **La hedonia depresiva y la poslexia iletrada: respuestas de la subjetividad**

---

Los aportes de Fisher exploran elementos que atisban algunas respuestas. Lejos de un señalamiento de orden individual –patologizante o psicologizante–, el inglés va a dar cuenta de algunos aspectos que, en su resonancia e implicancia, invitan a pensar una dimensión estructural y epocal que ciertamente repercute en el ámbito subjetivo. Uno de estos elementos es una suerte de malestar que el autor describe de la siguiente manera:

Muchos de los jóvenes a los que he enseñado se encontraban en lo que llamaría un estado de hedonia depresiva. Usualmente, la depresión se caracteriza por la anhedonia, mientras que el cuadro al que me refiero no se constituye tanto por la incapacidad para sentir placer como por la incapacidad para hacer

cualquier cosa que no sea buscar placer.  
(Fisher, 2017, p. 50)

Se trata de una perspectiva en que la salud mental, el rendimiento institucional y las expectativas de la juventud parecen estar íntimamente vinculados. La hedonía depresiva trata, entonces, de un padecimiento de singulares características: tiende a manifestarse como un sujeto activo, uno que busca la gratificación constante y ansiosa, además de aferrarse a aquello que entregue un mínimo de estabilidad: la conexión y la retribución azucarada del asentimiento virtual, la aprobación al interior del juego de refuerzos que entregan las redes sociales, el dinamismo del placer rápido y a tope. No obstante, para Fisher, en esta suerte de desesperación por lo gratificante, se oculta una inquietud por un futuro nebuloso que poco tiene de esperanzador. Lo propio del “realismo capitalista” es, en efecto, la cancelación de cualquier invitación a transformar el futuro y un hundimiento derrotado en la facticidad inamovible de la actualidad, a pesar de su obvia mediocridad: “Los estudiantes del Reino Unido son conscientes de que las cosas andan mal, pero más aún son conscientes de que ellos no pueden hacer nada al respecto” (Fisher, 2017, p. 49). Así, la dependencia a la conexión no es más que el bastón que permite no mirar de frente a un mañana que a simple vista se revela tan hostil como inevitable. No hay alternativa más que la aceptación amarga de un mañana que no admite más que la conformidad y la incertidumbre. Y en ese contexto, si no es posible vislumbrar un mundo en el futuro; ¿qué puede ofrecer la educación si no es solamente algunas débiles herramientas para subsistir? ¿No hay acaso otras prácticas, otras

habilidades que se muestran más eficaces para un mundo que ha renunciado a cualquier proyecto colectivo, en favor de una versión amable de las consignas *sálvese quien pueda y vive la vida loca*?

Para Fisher, el aburrimiento en conexión permanente va a ser otra de las respuestas al sin sentido de un sistema que se percibe como colapsado. Tras ese cuerpo “demasiado conectado para concentrarse”, se esconde un modo inédito de depresión-adictiva incapaz de conectar su desatención al presente con su anticipado fracaso en un futuro precario, incierto, devastado ambientalmente y sin utopías esperanzadoras: solo queda el smartphone para evadir. Por este motivo, la escuela maquillada como libre, igualitaria, horizontal e inclusiva no resulta en un estudiante ganoso: “no reaccionan a esta libertad comprometiéndose con un proyecto propio, sino recayendo en la lasitud hedónica (o anhedónica): la narcosis suave, la dieta probada del olvido: Playstation, TV y marihuana” (Fisher, 2017, p. 52). La hiperconectividad sería, entonces, una forma evasiva de enfrentar la depresión ante un futuro nebuloso.

De este modo, según Fisher, asiste a la conformación de perfiles subjetivos que moldean, incluso, los mecanismos de atención y los modos en que la conciencia se conecta con el mundo. Y así, el autor se refiere a la *poslexia* como una determinada disposición ante la información, y como una modalidad de conocer y atender al entorno. Con *poslexia*, el autor se refiere a la prevalencia de la codificación de imágenes y signos de cierta velocidad e intensidad, que vuelve impertinente e

inefectiva la habilidad de análisis que se despliega, por ejemplo, en la lectura. Antes que el contenido de un mensaje, se hace más valioso su rendimiento iconográfico, es decir, su valor en términos de vinculación, valoración y rendimiento. La circulación de información implica la pertenencia a cierto escenario comunicacional en que lo que más vale es saber qué posibilidades abre, a cuántos destinatarios llega y a qué segmento de espectadores o consumidores apunta. Descifrar la información en términos de su impacto, viralización o rentabilidad mediática, es algo que parece ser mucho más pertinente que la erudición o el manejo experto sobre alguna temática:

Los adolescentes tienen la capacidad de procesar los datos cargados de imágenes del capital sin ninguna necesidad de leer: el simple reconocimiento de eslóganes es suficiente para navegar el plano informativo de la red, el celular y la tv. (Fisher, 2017, p. 54)

A lo anterior se agrega la explosiva utilización del teléfono móvil. Sabemos que los smartphones se han convertido en una extensión casi orgánica de los mismos individuos, que su uso y masividad han transformado los modos de relación entre los sujetos, con la información y con el mundo. La *poslexia* podría entenderse, entonces, como uno de los efectos en la conformación de subjetividades hechas a imagen y semejanza de las sociedades de libertades y consumo a través de una red tecnodigital convertida en segunda piel (Cataldo, 2024).

Un ejemplo de nuestro cotidiano puede ilustrar lo anterior. Se trata del enunciado “Mucho texto” que aparece con

frecuencia en comentarios y posteos de la red. “Mucho texto”, es una fórmula que se repite de manera frecuente entre usuarios de redes sociales como una manera de castigar aquellos análisis que despliegan párrafos abultados y minuciosos: se castiga el exceso letrado entendido como palabrería impertinente. El sintagma “Mucho texto” es, así, una suerte de sanción para aquello que, a nivel de redes, que, a nivel de smartphones, debería estructurarse con otros códigos, con un nivel mayor de síntesis y de comunicabilidad eficiente. Teniendo eso en vista, no se trata, entonces, de que el estudiante o el joven simplemente no guste de leer, sino de que el capitalismo –o al menos su esquema mediático informativo con la temporalidad acelerante del régimen comunicativo que mezcla las redes sociales, *youtube* y *reels* como soporte del “debate público”– (Yuing-Alfaro, 2024), ha dado lugar a un paisaje en que leer resulta anacrónico por su exceso letrado y por la lentitud de su comunicabilidad. Efectivamente, se asiste a generaciones que se han formado en el entrenamiento permanente del desciframiento de imágenes y de mensajería hecha de símbolos, memes, links y diagramas explicativos en ritmos vertiginosos familiares a un video clip.

Sin embargo, esta avalancha no ha sido empujada únicamente por la tecnología y la cultura banal. Al contrario, es en el mismo sistema educativo donde encontramos simpatía por este ecosistema iletrado: mapas conceptuales, confusión entre textos y *powerpoints*, el cultivo de la velocidad lectora, una reverencia algo acrítica por las TIC, las neuromodas y otros entretelones. Todas estas son algunas de

las prácticas a través de las cuales se ha inoculado el valor de la eficiencia. La educación ha sido fácilmente seducida por la incorporación de la informática y sus particulares formas de existencia comunicacional siempre digitalizada. La lectura y la escritura –con su parsimonia y cadencia mental propias– han sido destituidas en nombre del logro, de la respuesta correcta, de la prueba estandarizada, de la rentabilidad de los aprendizajes y hasta del estar al día con los tiempos. No es de extrañar que hoy se asista con entusiasmo a la hegemonía de nuevas formas de comunicar el saber. Formas que curiosamente son muy aceptadas y valoradas por los jóvenes, que parecen ir a contrapelo de la tradición y que seducen por una retórica que promete el éxito como excepcionalidad.

### **Facilitadores, divulgadores e *influencers* del buen vivir**

---

Va a ser Elian Chali (2024) quien repare en este movimiento inversamente proporcional que ha dado lugar a estas nuevas formas de comunicar y validar el saber, al mismo tiempo que las formas convencionales de la educación pública –masividad, ritualización y de procesos paulatinos–, han perdido legitimidad y hasta han generado rechazo. Estas nuevas formas tienen como base material la virtualidad y se organizan comunicacionalmente como una charla unilateral. Desde luego, la pandemia entrecruzó este modelo con la educación formal: todos los profesores tuvieron que aprender a ser un poco comunicadores y *youtubers*, con el desafío de combinar su búsqueda pedagógica con un estilo de

imagen y una dosis de carisma. El facilitador, el *coaching* y hasta el *influencer* son parte de este nuevo bestiario que difunde y predica herramientas para que otros alcancen sus metas en la vida.

Ahora bien, precisamente, en cuanto al estilo de estas nuevas formas de comunicación, Elian Chali repara en que, aun cuando se trata de temáticas o asuntos muy variados, parecen compartir un mínimo común en su propósito: “Generar un cambio rotundo de *mindset* para entender el mundo de otra manera” (Chali, 2024). El supuesto de base es que la normalidad que ofrece la tradición no es suficiente: las estructuras de saber y de comportarse que la sociedad –y por cierto las instituciones educativas– otorgan, no comportan más que mediocridad e insatisfacción. Las ambiciones sin límites del mundo neoliberal no caben en las discretas recetas de nuestros padres y abuelos.

No obstante, en un momento inicial, estos ejercicios de iniciación a una vida distinta tuvieron un parecido de familia con las charlas magistrales. Chali se detiene en las charlas TED como un formato que va en esa dirección: en su momento germinal, se enfocaban en casos de superación personal o de giro en la comprensión del mundo –algo así como una iluminación pagana– que podían ser relatados muy elocuentemente en no más de 20 minutos. Lo principal es que el orador pudiera dar cuenta de su transformación y que el espectador pudiera seguirle en esa experiencia. Todo en un estilo de vanguardia y muy acorde a las sensibilidades del momento. Lo interesante es que, a nivel de audiencia,

quien sigue la charla, si bien puede identificarse con el relato, solo lo hace desde una pasividad silenciosa que consume esta experiencia sin dar lugar al encuentro: “En estas conferencias, los asistentes no pueden realizar preguntas y deben sostener un silencio digno de hospital. Las exposiciones son unilaterales, no admiten intercambios ni derivas” (Chali, 2024). Lejos del encuentro tosco, tropezado pero diverso y enriquecedor del cotidiano escolar, las charlas TED representan la homogenización y enmudecimiento de un público en favor de la excepcionalidad de un personaje:

Si bien el docente siempre ocupó el lugar de autoridad, en las TED el orador ocupa el lugar de un dios intocable, un destacado sobre todos los demás. Un paladín social que enfrentó toda adversidad y triunfó. (Chali, 2024)

Sin embargo, la valorización de la experiencia que se enfatizaba en la charla TED, queda desplazada en otras formas de comunicación más cercanas a un recetario vital para emprendedores y buscadores de logros concretos. La idea de “facilitador” dialoga un poco con la seducción que tiene la charla TED. De alguna forma, esta idea del encanto penetró las formas pedagógicas como una herramienta para atenuar la verticalidad y el autoritarismo en la escena educativa. Esto tiene, por cierto, aspectos valiosos, pero igualmente desde el discurso de la no-autoridad se produce una dinámica que devuelve el protagonismo al facilitador. Como contraparte, la audiencia devuelve al facilitador una retribución simbólica que lo sitúa en un lugar de alta valoración.

Paulatinamente, la dimensión instrumental de la formación ha ido ganando centralidad. Chali subraya cómo “crece el desinterés en el aprendizaje que no contenga la promesa de la producción de capital económico” (Chali, 2024). En esa perspectiva, muchos *influencers* han centrado su oratoria en el modo en que, desde el anonimato al que somete la clase media —entendida como *looser*—, han podido avanzar en sus propósitos y metas para descollar por sobre el común de la gente y alcanzar lo que verdaderamente se merecen. No es que estos personajes declaren abiertamente que los logros de la vida están en los lujos y los bienes materiales, pero sí desean subrayar en que están en condiciones de tenerlos y que la privación de los “normales” no es algo que ellos padezcan.

Debemos insistir en las repercusiones que esto tiene en la dimensión subjetiva. Si se proyectan las propuestas de Elian Chali, es posible pensar que la capacidad de producción de capital económico se vuelve el verificador de sentido de la formación educativa en toda su amplitud. Además, a esta capacidad se le exige tener cierto grado de visibilidad e impacto mediático bajo la forma de suscripciones o seguidores. Estos aspectos serían, entonces, indicadores de haber aprendido lo necesario y de buena forma. Todo ello parece ser satisfecho por el mensaje de los *influencers* y divulgadores, y eso explicaría su masiva recepción en sectores cada vez más heterogéneos. En cierta medida, su discurso cautiva a sujetos heridos socialmente, que sienten que las promesas del esfuerzo se han visto incumplidas, y que, en muchos casos, han

estado privados al acceso de validación formal del saber. En efecto, la informalidad y la espontaneidad de estos *influencers* o divulgadores parece democratizar y hacer accesible la disponibilidad de la información que permite resultados concretos: no se exigen fuentes, acreditaciones, protocolos ni ningún otro tipo de requisitos de los que abundan en la educación formal y que son percibidos muchas veces como una traba innecesaria: “el tiempo es limitado y la ambición demasiado grande” (Chali, 2024), parece ser la máxima que guía las aspiraciones.

¿Cuáles son las variables de fondo que explican estructuralmente estos cambios? ¿Cómo interpelan estas cuestiones a la demanda por el sentido? ¿Qué lugar y propósito puede tener aún la educación en este escenario? Éstas y otras preguntas parecen hacerse cada vez más patentes, pero a la vez, más complejas. Poder tan solo acercarnos a plantearlas, constituye, a nuestro parecer, una tarea decisiva para pensar los sujetos que se dan cita en eso que llamamos educar.

<https://lobosuelto.com/influencers-me-explican-cosas-elian-chali/>

- Deleuze, G. (2016). Postdata sobre las sociedades de control. *Revista De Teoría Del Arte*, (14/15), 183 – 189. <https://revistateoriadelarte.uchile.cl/index.php/RTA/article/view/41444>
- Duru-Bellat, M (2006). *L'inflation scolaire. Les désillusions de la méritocratie*. Paris: Seuil.
- Dussel, I., & Caruso, M. (2000). *La invención del aula. Una genealogía de las formas de enseñar*. Buenos Aires: Editorial Santillana.
- Dussel, I., (2020). La escuela en la pandemia. Reflexiones sobre lo escolar en tiempos dislocados. *Práxis Educativa* (Brasil), 15, 1-16. <https://doi.org/10.5212/PraxEduc.v.15.16482.090>
- Fisher, M. (2019). *Realismo capitalista: ¿No hay alternativa?* Buenos Aires: Caja Negra.
- Foucault, M. (1989). *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI Editores.
- Simons, M., & Masschelein, J. (2014). *En defensa de la escuela. Una cuestión pública*. Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.
- Venegas, C (2021). “Priorización curricular en pandemia: oportunidad de un nuevo currículum escolar en Chile”. *Foro educacional*, 37. <https://doi.org/10.29344/07180772.37.2855>
- Yuing-Alfaro, T (2024). *Mundana(L). Notas y re-escrituras*. Viña del Mar: Pecado.

## Referencias

---

- Agamben, G. (2020). Requiem por los estudiantes. *Blog Artillería Inmanente*. <https://artilleriainmanente.noblogs.org/?p=1514>
- Cataldo, H. (2024). *La colonialidad de la realidad sudorosa. Emergencia de la piel algorítmica*. Viña del Mar: Pecado
- Chali, E. (2024). Influencers me explican cosas. *Lobo suelto*.